



Ser bondadosos, generosos y sensibles ante todo lo que es humano, se convierte en un imperativo para nosotros, desde que Jesús pisó nuestros caminos, sintió hambre y sed, se alegró y se apenó, y un largo etcétera de necesidades y hábitos humanos.

Parémonos a pensar en todo esto, pasémoslo por el "tamiz" personal, el "tamiz" de nuestra vida y nos empujará a anunciar la Buena Noticia de que "nos ha nacido un Salvador"; ¡qué más queremos!, algo tan alegre que puede hacer dichosos a los demás, no podemos callarlo, es necesario pregonarlo. Ahí está la tarea de los que nos sentimos cristianos en un tiempo y espacio determinados, cristianos con un pie en este siglo y milenio y el otro en el próximo siglo y milenio.

Nos ha tocado vivir en un momento crucial; la Iglesia nos invita a prepararnos para fortalecer nuestra fe y nuestro testimonio en este cambio de Milenio. Esa preparación, como ya sabemos, la cifra en tres años dedicados a reflexionar sobre las tres personas del Dios Trinidad. El año litúrgico que iniciaremos en este Adviento está dedicado, de modo particular, **al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo.**

El que "es el mismo ayer, hoy y siempre" (Cfr. Hb 13,8) hace casi 2.000 años nació de mujer y su Encarnación se realizó por obra del Espíritu Santo. No seamos nosotros como aquellos efesios a los que Pablo preguntó si habían recibido el Espíritu Santo y contestaron: "ni siquiera hemos oído decir que existe el Espíritu Santo" (Hch 19,2).

El "gran desconocido" como alguien afirmó existe y es el mejor fruto de la partida al Padre de su Hijo Jesucristo: "os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito" (Jn 16,7).

El símbolo del viento puede ayudarnos a entender la naturaleza de la acción del Espíritu: muy real, pero invisible y sólo perceptible a través de aquello que es movido por él.

El Espíritu hace presente a Cristo resucitado, por lo tanto, es el agente principal de la tan repetida Nueva Evangelización. Es, en definitiva, el que construye el Reino de Dios en la historia, es el que libera (Cfr. Lc 4, 18-19).

Este segundo año de preparación al Jubileo, ha servinos para reconocer y descubrir

presencia y la acción del Espíritu en la Iglesia, en los creyentes, en nosotros mismos. Al mismo tiempo, hemos de redescubrir la virtud o actitud de **la esperanza**. En este final de siglo, como nos recuerda la carta apostólica "En el umbral del tercer milenio", *están presentes, en medio de sombras, signos de esperanza: "en el campo civil, los progresos realizados por la ciencia, por la técnica y sobre todo por la medicina al servicio de la vida humana, un sentido más vivo de responsabilidad en relación al ambiente, los esfuerzos por restablecer la paz y la justicia allí donde hayan sido violadas, la voluntad de reconciliación y de solidaridad entre los diversos pueblos, en particular en la compleja relación entre el Norte y el Sur del mundo...; en el campo eclesial, una más atenta escucha de la voz del Espíritu a través de la acogida de los carismas y la promoción del laicado, la intensa dedicación a la causa de la unidad de todos los cristianos, el espacio abierto al diálogo con las religiones y con la cultura contemporánea..."*

Como creyentes hemos de estimar, profundizar y seguir alentando estos signos, claro ejemplo de la presencia del Espíritu del Señor en medio del mundo: "El amor de Dios ha sido derramado en vuestro corazón con el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5,5).

Que ese Espíritu Eterno que hizo posible la primera Navidad, nos ayude a los seguidores de Jesús de finales del siglo XX, a vivirla con intensidad, alegría y compromiso por hacer presente a Cristo en nuestro mundo.

Sirva de colofón a esta breve reflexión, las palabras de un autor alemán, W. Schaude:

*"No puede ser que Dios se haga hombre y todo siga igual que antes.
No puede ser que Dios se haga hombre y ningún hombre le abra la puerta.
No puede ser que Dios se haga hombre y el mundo siga su camino.
No puede ser que Dios se haga hombre y los hombres se queden al margen.
No puede ser que Dios se haga hombre y a ningún hombre le salga al encuentro una luz". ■*

*César Borbolla es el Consiliario Diocesano de la diócesis de Oviedo.